

4. EL HOSPITAL MILITAR DE CARABANCHEL

Se encuentran y discuten en el hospital el padre de Celia, que es republicano y ha sido herido en el frente, y su primo Gerardo, que es falangista y vive escondido en Madrid.

[...]cuando viene el primo Gerardo no le dejo hablarle.

—¿Por qué has venido? —le pregunto asombrada.

—Ha preguntado mi madre esta mañana y le han dicho que le han operado hoy...

Papá nos oye aunque hablamos bajito.

—¡Ah, eres tú! —dice abriendo los ojos—. ¡Tú eres de los otros!

—Chitss —dice Gerardo, que mira asustado la puerta entreabierta.

Papá insiste en que es de los otros, y Gerardo acaba por enfadarse.

—Lo que pasa es que no soy un iluso como tú —dice—. Yo sé que el pueblo es pueblo, que es lo mismo que decir masa, y que la masa necesita unas manos que la modelen para ser algo...

—¡Ya lo creo! —dice papá, indignado—. Es masa porque no le habéis enseñado a leer... Hace muchos años, cuando se discutían en el Congreso los presupuestos de la enseñanza, un diputado dijo: «Ese pueblo, al que escatimáis la cultura, mandará un día en la Nación y os cortará la cabeza».

—Sería otro iluso como tú... Por saber leer no dejan los pueblos de ser masa... Cuando entre ellos surge un cerebro, se eleva por fuerza natural y deja de ser pueblo...

La discusión sobre la masa y la lectura y la barbarie comienza a elevarse de tono y papá se sofoca... A mí unas veces me parece que tiene razón papá y otras creo que es Gerardo...

—Ese pueblo al que defiendes —volvió a decir el primo— está fusilando hombres de ciencia, frailes, bibliotecarios, señores sin otro pecado que ser señores...

—¡Mentira! —chilló papá ahogándose—. ¡Mentira! Y si fusilan tendrán razón: quedáis aún demasiados traidores...

El primo sale dando un portazo y papá se abandona sobre las almohadas, casi desmayado. Le pongo un paño de agua fría en la cabeza, le doy a oler su pañuelo empapado en colonia... Al fin puede hablar:

—¡Qué no vuelva... por aquí... ése... ése...!

—Bueno, papá, bueno... ahora vas a descansar...

Cierra los ojos y yo me siento junto al balcón entornado... ¿Quién tendrá razón? ¡Pero es horrible haber llegado a esto...! Fusilan a todo el mundo... se matan en la sierra, todo es suciedad, polvo, palabrotas, malas maneras...

5. LOS PASEOS EN MADRID

Celia vive en casa de su tía Julia, la madre de Gerardo, el falangista, que se harta de estar escondido y vuelve a casa. Allí irán a buscarlo porque lo delatan y le dan el paseo.

[...]He sabido que Gerardo pertenece a ese partido o sociedad de que me habló María Luisa. Los milicianos se han incautado de la casa donde celebraban las reuniones y de los ficheros, y así, con los nombres y los domicilios de todos, se los llevan uno a uno... ¡y les dan el paseo! Gerardo debe estar escondido y, según me ha dicho la tía, cambia de lugar cada noche.

Hoy al llegar me ha dicho la tía, mirando a la puerta del escritorio:

—¡Ha venido! Dice que no puede más y que prefiere que le encuentren aquí... no le ha visto nadie, ni el portero...

Mientras tía Julia pasa al cuarto de Gerardo un plato de sopa, yo entretengo a María, la criada, en la cocina explicándole un guiso. De pronto me dice:

—¡Si se figura la señora que no sé que está aquí su hijo, está fresca! Lo que ocurre es que una es prudente y se calla... pero mi novio es policía, y si yo le dijera...

—¡Pero no le dirás na! —interviene Valeriana, que estaba con las nenas, que hoy no pueden dormir—. ¡No le dirás ná! Que hay que ser agradecida al pan que se come.

—¡Si me dan de comer es porque me lo gano con el sudor de mi frente, que bien me explotan los cochinos burgueses!

Las dejo discutiendo y me voy al comedor a advertir a la tía.

—Sí, hija, sí, ya me lo tengo tragado, que esa mujer va a ser nuestra perdición. Le he dado mi vestido de seda negro, y los zapatos de charol, y la caja de medias de seda que me regaló Gerardo este invierno... y por eso ha estado razonable unos días... pero como ve que ya no tengo cosa que le guste...

Me quedo aterrada ante la confesión de la tía. ¡A dónde ha llegado! De pronto, tía Julia se levanta y va a su cuarto. Luego la oigo discutir en la cocina...

Valeriana viene a llevarse la sopa y trae una fuente de espárragos. Está muy seria y no habla. Yo le pregunto qué pasa en la cocina.

—No sé ná... ni quio saber tampoco. Too son pecaos contra Dios.

Cuando vuelve, la tía parece más tranquila.

—Le he dado mi alfiler de brillantes...

—¡Pero, tía...!

—¿Qué quieres, hija? Tengo que salvarle. Entre tanto, pueden llegar los otros... los de Franco. ¡Dios bendito lo haga!

El primo ha seguido en casa sin salir de su escritorio más que durante la noche, cuando todos estamos acostados...

Cuando le cuento a papá lo que pasa con María, me dice:

—Eso, hija mía, es inevitable. Siempre hay gente mala que aprovecha las desgracias para sacar partido... pero ten en cuenta que la educación y la cultura modelan el cerebro y le dan una moral... Esas pobres gentes, golpeadas y maltratadas por una sociedad que les niega todo, devuelven mal por mal... ¡serían ángeles si no lo hicieran!

—Pues ya ves, Valeriana...

—Valeriana es un caso de bondad natural, de vocación, de dedicación... un cerebro perruno...

Pobre Valeriana, ¿qué sería de nosotros sin ella?

Papá, silencioso, reacciona de repente y dice con una decisión que me hace estallar en carcajadas:

—De todos modos, en cuanto ganemos la guerra, me iré a casa de Julia y tiraré a su cocinera por el balcón... y a sus medias de seda y a su alfiler de brillantes.

Esta noche me despierto de pronto, asustada. Oigo hablar a tía Julia como si rezara en alta voz. La luz del pasillo está encendida. Me pongo la bata sobre el camisón y antes de llegar a la puerta entra Valeriana con un dedo sobre los labios:

—¡Han venido por el señorito Gerardo! Son de laCNT, milianos... no salgas.

—Sí, sí...

Desde el pasillo, por la puerta de escape, entro en la alcoba, donde hay tres milicianos que me miran con curiosidad. Uno lleva en la cabeza una piel de zorro plateado a modo de gorro, con la cola del zorro colgándole por la espalda.

La tía, en medio del gabinete, lee la recomendación del alma a Gerardo, a quien no veo... y la voz de la tía suena entera y terrible como una voz profética:

Sal de este mundo, alma cristiana, y vuelve a tu Creador, que te formó de la tierra...

Uno de los milicianos se ríe y hace señas a los otros de que está loca.

La voz de la tía me produce un escalofrío por la espalda, y una angustia de náusea en el estómago:

Recibe, Señor, a tu criatura, que siempre te ha servido y creído en Ti.

Entonces oigo un rumor. Es Gerardo que contesta:

—Amén.

—¡Compañera! —dice con voz ronca el miliciano que está más cerca de mí, dirigiéndose a la tía—. Compañera, ya hemos esperado bastante, y no podrá decir que no somos condescendientes.

Salen todos, y también la tía... que continúa rezando, ya en voz más débil:

Salva, Señor, su alma y llévala a la Gloria Eterna.

—Amén.

Ya está en el recibimiento, ya abre la puerta de la escalera, ya baja...

Requiem Aeternam... Dale, Señor, el descanso eterno...

—Amén.

La voz de Gerardo sube por la escalera. Valeriana y yo miramos a la tía, que contempla, como hipnotizada, al hijo. Se oye cerrar, con un portazo, la puerta de la calle, por donde ha desaparecido, y la tía no se mueve...

—Tía... vamos adentro... ¡Tía!

No me contesta; creo que no me ha oído:

—Tía.

—Vamos, señora —dice Valeriana—. Vamos... Dios lo ve too, señora, y Él nos ampara a toos.

La voz de la tía, que ahora suena rota y ronca:

—No puedo...

Parece que se va a caer, y Valeriana la sujeta.

—Ayúdame, Celia...

Entre las dos la llevamos en vilo a la cama. Valeriana, que no pierde nunca la serenidad, va y viene, abre el balcón, pone una silla junto a la cama y se sienta dispuesta a pasar la noche.

—Vete a acostar, Celia... aquí no haces ná y mañana tiés que madrugar pa irte al Hospital...

Casi no sé cuándo me he acostado porque debí quedarme dormida inmediatamente... abro los ojos y ya entra el sol por el balcón.

Valeriana prepara el desayuno en la cocina.

—Tu tía se ha ido en cuanto amaneció... No la he podido sujetar... Dijo que se iba al Depósito a ver si estaba el señorito Gerardo y a hacerle el entierro. Yo me hubiera ido con ella, pero no podía dejaras solas... La María se ha ido también... dice que se iba porque aquí somos toos... no sé qué.

—Fascistas habrá dicho.

—Eso... ella sí que es una perra sin corazón... ¡Pero déjala, déjala, que too se paga!... ¡Pobre señorito! ¡Y pobre de mi señor, que era un santo del cielo! ¡Y too por ser eso que dices...!

—No, Valeriana, no. Gerardo, ¡pobre!, yo no sé si era fascista, pero puede que sí... el abuelo era todo lo contrario...

—Es lo mismo... a toos los afusilan por esto o por lo otro. ¡Madre mía de la Fuencisla, a qué tiempos hemos llegao!